

Las forjas del monte

Iván Darío Fontalvo

Edelmiro vivía en el centro de una finca de cuarenta hectáreas, en un rancho de palma donde había desmadejado el sabor de la soledad por cuarenta años. Lo acompañaban perros sin nombre que no vivían sino un par de meses o que huían despavoridos del hambre y del maltrato. Tenía fama de silencioso y despiadado, pero quienes lo conocíamos sabíamos que, además, era un tipo desmesuradamente triste. Visitaba la finca de mi abuelo cada fin de semana para recoger las baterías que encargaba del pueblo y para recibir una actualización rápida de lo que pasaba en el mundo más allá del monte. Escuchaba las noticias en la radio amarrada a uno de los horcones de la cocina, como si provinieran de otro planeta, y se burlaba de la inocencia de las víctimas de crímenes urbanos.

—Esos bandidos deberían meterse conmigo —decía—. Hace años que quiero usar mi escopeta en una persona.

No lo aseveraba en broma. Tenía una hermosa Browning A-Bolt Hunter modificada que, según contaba, era capaz de dejar sin cabeza a un puerco. En todo caso, el monte no le daba oportunidad sino para usarla con ciervos, conejos y pájaros de caza. Le gustaba salir por las tardes a recorrer los caminos de la trilla en busca de algo a lo cual dispararle. Yo lo acompañaba muy de vez en vez con la advertencia de mi abuelo de vigilarlo de cerca.

—Nunca le des la espalda —me decía—. De sospechosos accidentes en las cacerías están

lentos los cuentos que contamos alrededor de las fogatas.

De modo que, cuando iba con él, caminaba detrás de sus pasos, siguiendo el movimiento serpenteante de su figura de gato famélico. Una tarde, después de un conveniente aguacero veraniego, salimos a buscar conejos. Caminamos por casi dos horas entre los yerbajos, sin éxito alguno, así que emprendimos el regreso contemplando la luz prístina del sol durmiente allá en el horizonte. Por sobre las montañas se escurría una brisa cálida que adormecía las flores de campanita extendidas por los prados vencidos, y del cielo se desprendían los desperdicios de la lluvia lejana. Fue entonces que lo vimos. Un ganso de plumas de leche pataleaba entre las ramas de un arbusto espinoso, peleando contra los grilletos implacables de las hojas. Tensé el arma sobre el hombro y apunté. Pensé que Edelmiro dispararía de inmediato para no permitirle al ave el mérito de la huida, pero lo que hizo fue acercarse y supervisar la imagen lastimosa.

—Es muy joven —dictaminó, inclinándose sobre el animal asustado—. Parece que se estrelló contra un árbol durante la tormenta y se hirió el ala derecha.

—¿Qué harás? —pregunté aflojando mi modesta arma hechiza.

—No vale la pena matarlo —replicó Edelmiro—. Pero si lo dejamos aquí, de todos modos morirá.



4

Eusebio de Jesús Siosi Rosado. A *Imajushi* /Protegido. Performance. 2023. Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.

Decidió que lo mejor que podía hacer era llevarlo al rancho para no negarle la piedad de un buen cristiano. Por primera vez me acerqué a su alma humana y lo reconocí accesible, misericorde, mientras cargaba al ganso por las patas, pico abajo, con el ala sangrante dejando una estela de rosas dormidas por el sendero.

Mi abuelo no creyó la historia hasta que Edelmiro mismo se la contó a la semana siguiente. Le dijo que el ganso sanaba bien y que era inusualmente dócil. Le había construido un corral dentro de su enorme gallinero para que se resguardara del clima incierto del verano en las montañas, y lo alimentaba cuatro veces al día en busca de acelerar su restitución. El ganso se convirtió en una charla de domingo obligada. Edelmiro recibía sus baterías encargadas y escuchaba solo un segmento de las noticias, apremiado por la custodia del animal.

—Nos vemos la otra semana —era siempre su despedida—. Tengo que ir a darle vueltas al ganso.

Una tarde, después de condenar los anuncios de la radio, nos sorprendió llamándolo por un nombre propio. Cuando mi abuelo le preguntó por él, dijo:

—Ahí está Enrique, creciendo.

Esa noche, habiendo paliado el tibio ejercicio del ordeño, mi abuelo y yo hablamos sobre los estragos de la soledad a la luz de un tronco encendido. Metidos en el puro centro del humo para escapar del alfiler de los mosquitos, coincidimos en que la ausencia de compañía por tiempo prolongado puede volver pendejos a los cazadores.

—Una cosa es encariñarse con un perro —dijo mi abuelo— y otra muy distinta es hacerlo con un ganso.

Para colmo, unas semanas más tarde, Edelmiro se presentó a nuestro rancho con Enrique amarrado de una cuerda, como una señora de la ciudad que pasea un caniche. Esa vez mi abuelo se burló con una carcajada estrepitosa, así que Edelmiro se volvió a su finca antes de lo usual, molesto y sin baterías. Pero siguió yendo después de eso. A veces llevaba al ganso, a veces no, pero siempre cargaba aquella nueva felicidad a flor de piel.

Tuve que empezar a cazar solo porque Edelmiro no estaba por la labor de tomar su arma de nuevo, a pesar de que traté de convencerlo con el argumento más sólido que se me ocurrió:

—Matemos cualquier cosa, excepto gansos —le dije.

No aceptó sino a los seis meses. Llevaba más de un año sin recorrer las trillas del monte, sin oler la hierba húmeda en el prado, sin divisar el horizonte montañoso bañado por el silencio. Ahora yo era el líder, así que fijé una hora de la tarde y un provechoso punto de encuentro en el que había visto saltar conejos del tamaño de gatos monteses. Edelmiro se presentó puntual, con la Browning al hombro y el ganso detrás de él. Lo había enseñado a seguirlo como un patito y avanzaba con obediencia a la par de su rescatador. No dije nada, ni siquiera insinué la impertinencia de su compañía. Tomé las riendas de la búsqueda y señalé un sector prometedor más adelante. Los meses de cacería solitaria me dieron el tácito privilegio del mando, de modo que iba a la cabeza de la fila, sordo a las advertencias de mi abuelo. De todas maneras, cuando llegó el momento, dejé que Edelmiro hiciera los dos disparos iniciales: falló ambos. En cambio, cuando reclamé el protagonismo de vuelta,



Eusebio de Jesús Siosi Rosado. A *Imajushi* /Protegido. Performance. 2023. Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.

arrasé con un grupo de tres conejos con la metralla difusa de un solo disparo.

—Has mejorado —me felicitó mi compañero sin real entusiasmo.

Enrique no se espantó nunca. Desconocía el presagio de la detonación y estaba apegado a la bondad de su dueño, que lo supervivaba con ojos de dulzura y le daba a picar migajas de cazabe para que el recorrido le resultara mucho más soportable. En una pausa, Edelmiro se quedó mirando el horizonte naranja, escurrido de nubes pardas, y tomó una bocanada del cálido aire que bajaba por las laderas brumosas.

—Había olvidado lo bien que se siente —murmuró.

No solo había olvidado la sensación, sino también el arte de la matanza. Falló todavía cinco disparos más antes de sugerir el regreso al rancho. Mi éxito bastaba para ambos y empezaba a anochecer, de manera que no tenía sentido extenderse. Los mirlos saltaban en las ramas buscando dónde pasar la oscuridad venidera y las chicharras tocaban una flauta infinita que se extendía hacia el bosque profundo. Entonces nos llegó a los oídos un graznido feliz desde el cielo y vimos pasar una bandada de gansos luminosos sobre nuestras cabezas. Por puro instinto, volteamos a ver a Enrique, que observaba fijamente el desfile de una migración en la que él había fallado un año antes. Parecía tristemente resignado, pero de un momento a otro inició un trocete de impulso con las alas extendidas y tomó vuelo, descifrando nuevamente el enigma de sus plumas de cristal. Lo vi reencontrarse con las corrientes de aire de su pasado, hacer maromas para recuperar el equilibrio y enfilear la cabeza con dirección a la bandada ruidosa en el reinicio

de una migración largamente interrumpida. Era un animal hermoso en el pleno ejercicio de su libertad. Feliz, como no se le había visto, dio un par de vueltas en redondo sobre nosotros y empezó a alejarse en el filo de la tarde interminable. Fue allí cuando Edelmiro disparó. Enrique, herido mortalmente, se desplomó desde las cornisas del cielo y se precipitó a tierra a cien metros de donde estábamos, cortando el aire con un silbido.

Había sido un tiro espléndido.

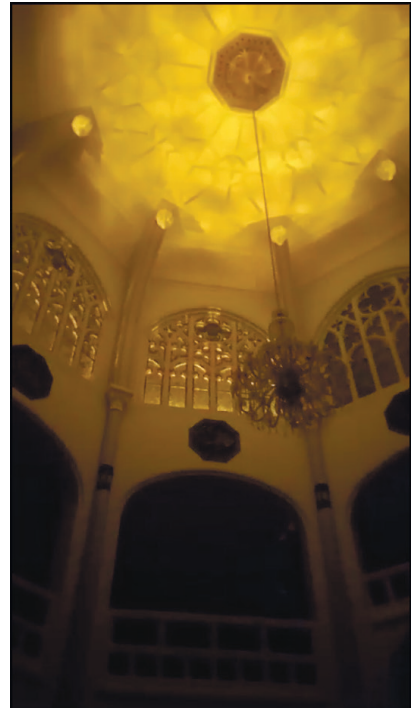
—¡Viste cómo le di! —dijo radiante mi compañero, saltando los arbustos en busca de la presa.

Solo, al lado del camino, traté de entender lo que acababa de pasar. No logré hacerlo durante los minutos que Edelmiro tardó en la búsqueda, quieto con el arma al hombro y con los conejos escurriendo su sangre muerta sobre mi espalda. Por la noche, mientras le contaba a mi abuelo la historia bajo el resguardo bienvenido de un café negro, él lo resolvió todo con una frase lapidaria:

—Los traicionaron los instintos —dijo.

Desde ese día, Edelmiro recuperó su esencia vital. Cruel y triste, visita el rancho cada fin de semana en busca de sus baterías y de la dosis de noticias urbanas que le revuelven las tripas. De vez en cuando me invita a cazar. Accedo casi siempre, pero ahora he vuelto a caminar detrás de él, atento a sus movimientos ágiles, recordando los cuentos de mi abuelo sobre accidentes de cacería que se pierden en el secreto del monte.

Tomado de *El monstruo y otros cuentos retorcidos* de Iván Darío Fontalvo de la Cerda, finalista del 2° Premio Internacional de Cuento en Lengua Castellana Universidad de Antioquia.



Nathaly Rubio Castaño. *Réquiem por 1985*. Performance, 2023. Finalista 3°. Premio Nacional de Artes Performativas Universidad de Antioquia.